

nada más. Por cierto que para demostrarle mi buena voluntad le envié tan pronto como llegué á México un primoroso autómeta que adquirí por cincuenta pesos en casa de Rigal y Masson. No sé si el bulto llegó, porque en aquella época eso de poner un bulto en la diligencia y esperar que se entregara religiosamente en manos del consignatario era lo mismo que contar con que llegaba al purgatorio y servía para sacar de allí una ó dos ánimas el tlaco que se echaba en el cepillo de las benditas consabidas.

Al día siguiente de la marcha de don Germán recibí la respuesta que mi cuñado daba á la carta que escribí desde Uruapan.

«Ignoro, decía, la suerte del señor Lapierre; quizás haya salido en la época que te indiqué, quizás lo haya dejado para el mes de Septiembre, quizás no salga todavía ó haya hecho el viaje que me anunció emprendería á Guadalajara en busca de algunos documentos que te conciernen.

»Quedé enterado de lo que me refieres acerca de todas tus aventuras y del término dichoso que han tenido. Celebro tanto éste como siento aquéllas, y puedes creer que aquí se han alabado mucho tu valor y tu decisión.

»No abrigo esperanza de que nos veamos pronto por aquí, pues quizás cuando tú vuelvas yo haya salido de México. Si estuviera aquí y quisieras hacer el viaje en

mi compañía, conforme me anuncias, sería gran placer para mí.

»Aquí nos hemos divertido un poco. La noche del dos tuvimos un gran baile que resultó muy lucido y que todo el mundo considera como el mejor logrado de la época imperial. Parece que ya se empieza á abandonar los prejuicios que había en Palacio contra mi pobre persona, pues á este baile se me invitó con toda instancia y mi presencia no causó ascos ni escrúpulos á nadie. Sus Majestades estuvieron amabilísimos conmigo, y la Emperatriz me convidó para comer en Chapultepec el jueves próximo: se dignó informarse de tu persona y manifestó mucho interés por conocer la carta en que relatas tus desgracias; yo quedé de enviarle el documento, y cumpliendo mi promesa se lo mandé anteayer. Estoy seguro le ha de agradar y que celebrará tu habilidad y chiste para escribir, al mismo tiempo que tu feliz liberación.

»S. M. estaba encantadora la noche de la *soirée*. Llevaba un vestido de punto de seda blanco, pendiendo del corpiño unos como faldones de surah adornados con flecos de azahares. Llevaba prendida al hombro derecho la banda de San Carlos, sujeta con riquísimo broche de brillantes, y al lado izquierdo tenía la placa de la orden, hecha también con lindísimas piedras. Un nuevo aderezo de rubíes, esmeraldas y brillantes que acaba de estrenar, varias pulseras muy ricas y una diadema de diamantes y



amatistas bellísimos completaban su atavío. Bailó las cuadrillas de honor con el Mariscal, y el Emperador hizo *vis á vis* á Madame Bazaine.

»Me preguntarás tal vez la causa de haberse organizado esa fiesta: la causa fué la expedición de un decreto que creemos todos salvará al país. Sabiéndose que Juárez (cuya decisión y singular entereza alaba el Emperador en el preámbulo del decreto) acaba de abandonar el país y que no queda ni aun el pretexto de defender una causa justa á los que se han levantado en armas, ha dispuesto proceder con mano fuerte contra los que pertenezcan á bandas ó reuniones armadas, disponiendo sean fusilados sin remisión los que formen tales gavillas y los que se les agreguen, sean ó no aprehendidos con las armas en la mano.

»También se considera bandidos á los que auxilién á los guerrilleros con dinero, avisos, noticias, consejos, armas, caballos, pertrechos, víveres ó útiles de guerra; á los que mantengan relaciones con ellos ó les den asilo en sus fincas; á los que virtieren especies alarmantes de palabra ó por escrito y á los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no avisaren á la autoridad más inmediata del tránsito de una gavilla por los terrenos que les pertenecen. También se castiga á las autoridades remisas en la persecución de los bandoleros, á los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no

se defiendan con toda eficacia y hasta á los pueblos que se manifiesten partidarios de los guerrilleros.

»Ya conocerás que había motivo para bailar de placer mirando al Emperador dejar su política de vacilaciones y componendas y entrar en el camino de la energía y del rigor... Solamente así se fundan imperios, solamente así se da la paz á pueblos tan desorganizados como éste.

»Para concluir este asunto, te diré que ayer fuí á ver al Mariscal y me expuso su fórmula política: *No admitir que se hagan prisioneros. Todo individuo á quien se sorprenda con las armas en la mano será fusilado. No habrá en lo de adelante canje de prisioneros. Es una lucha á muerte, una guerra declarada entre la barbarie y la civilización. Es preciso matar ó hacerse matar.*

»Por supuesto, que al mariscal no le satisfizo mucho el preámbulo del decreto en que el Emperador reconoce el valor y la decisión de Juárez, y aun los periódicos empiezan ya á hacer chacota por semejante concesión. *La Orquesta* publica el retrato de Juárez con gorro frigio, y al águila de dos cabezas prendiéndole al pecho la medalla del valor y la constancia. Bazaine ha querido perseguir á esos periodiqueros atrabiliarios, pero como siempre, la clemencia del Emperador se ha interpuesto.

»Me he extendido tanto hablándote de este asunto, porque me figuro te producirá la misma impresión que á



mí: la seguridad de que nuestras cosas marcharán cada día mejor, la seguridad de que, afianzado el edificio imperial, nuestros valores caminen al alza.

»Muy cordialmente te saluda tu hermano

J. B. JECKER.»

Acababa de leer esta carta cuando sucedió algo que parecía enteramente previsto. Doña Lorenza y Génie entraron á verme bañadas en lágrimas y próximas á sufrir sendos supiripandos; una mujer que había pasado por la calle les había anunciado que Arteaga, Salazar, Villagómez, Díaz Paracho, Villada, muchos tenientes coroneles, comandantes y oficiales inferiores habían caído en poder de los imperialistas en Santa Ana Amatlán.

— De seguro que también Germán está preso.

— Y les fusilan; de seguro que les fusilan.

— Claro; ¡cuándo les había de perdonar el mojino de Méndez, ese *Capulín* indecente!

— ¿Qué haremos, Dios mío?

— Nada, esto no tiene remedio.

Yo trataba de consolarlas, aunque sin tener mucha fe en mis consuelos, pues en el bolsillo tenía la respuesta en contrario.

— ¡Pero, que sean ustedes tan vulgares que se fíen de lo que dice una mujer que pasa por la calle!... ¿Qué fundamento puede tener la santísima vieja para contar seme-

jantes cosas? ¿Ha de saber más que las autoridades, que todavía no reciben noticia ninguna? Y luego, ¿quién les asegura á ustedes que van á fusilar á todo el mundo? Sería la muerte del imperio; no duraría un año si cometiera una atrocidad así.



— ¿Y qué ganaríamos con que el imperio cayera mañana, si ya no teníamos nosotras apoyo, ni protección, ni nada?

Cogieron las cuitadas sus mantones y salieron á la calle á tomar lenguas. No cabía duda; habían sido aprehendidos los desgraciados jefes, y era más que probable que hubieran sido muertos ya. Las noticias eran tan contradictorias como abundantes, y no parecía posible formarse por ellas idea del caso.



- Les entregó Solano.
- No les entregó, sino que se descuidó.
- Hubieran resistido aquí, otro gallo les cantara...
- ¿Cómo habían de resistir si no tenían elementos?
- ¿Y los de la revista?
- El aprehensor se llama Rangel.
- Les cogió descuidados.
- Ya lo creo, como que hubo traición.
- Desde que Méndez vió la polvareda, dijo: «Muchachos, aquí va la *fuella*; el que me entregue á Arteaga y á Salazar, tiene un saco de pesos.
- Villada resistió un buen rato.
- El que resistió fué Salazar, que se encerró en una casa con un ayudante, y sólo se rindió cuando Arteaga se lo dispuso.
- La culpa fué de Arteaga, que no pudo brincar la puerta de un corralito.
- Sus heridas...
- Su gordura...
- Salazar no resistió encerrado en casa ninguna, sino á campo raso, montado en su caballo tordillo.
- ¿Y á dónde les llevan?
- Ya son *dijuntos*; ayer les sepultaron.
- No son *dijuntos*; les llevan pa más adentro de la tierra caliente.
- Les traen acá.

- Entonces ya han de estar cerquititas; no hay más que dos días á Santa Ana.
- Les llevan á Morelia.
- No, les mandan á México.
- ¡Pobrecitos!
- Yo siento á Villagómez.
- Y yo á Salazar.
- Pues yo á Villada.
- Y yo al Prefeuto.
- Ya les pueden rezar sudarios.
- Y aplicarles misas.
- Les truenan porque les truenan.
- ¡Quién lo hubiera dicho hace dos semanas!
- ¡Quién sabe cuándo llegarán!
- Aquí ya no llegan más que á pedir oraciones.
- Qué, ¿ya serán ánimas?
- Júrelo...

Y las noticias seguían así, difiriendo en los detalles, pero conformes en todo en cuanto al fondo. Tras mucho inquirir, Génie y doña Lorenza averiguaron que los prisioneros venían vivos; pero días y más días pasaban y no se sabía que llegaran por Uruapan.

— Les tronaron en el camino, decía la señora llena de convicción.

— Sólo esa faltaba. ¿Y qué hicieron con los cadáveres? ¿Se los comieron?



— Yo no sé, pero así pasó.

Y no había pasado, pues el veinte, á eso de las doce del día, arribó la tropa conduciendo á los prisioneros: venían á pie, sin fuerzas, llenos de polvo, abatidos y casi moribundos. Desfilaron por la plaza, y don Germán, que venía uno de los primeros, nos vió al pasar con una sonrisa llena de tristeza y de resignación. Las señoras de Uruapan, que habían tenido noticia de la llegada de Méndez y que se figuraron que yo podía servirles de ayuda para solicitar gracia ante el jefe imperialista, fueron á verme para que me pusiera de su parte. Naturalmente, me propuse ayudarles en todo.

Fueron primero las damas de Uruapan, que por caritativas y llenas de buena voluntad no les cedían en nada á las numerosas señoras michoacanas que por aquel tiempo se consagraron á hacer menos duros los trances de la muerte y menos ingrata la suerte de las víctimas de uno y otro bando. Méndez las recibió de mal talante, diciéndoles que cuando acabara de acuartelar su tropa y decidiera qué suerte correrían los prisioneros, sería tiempo de molestarle pidiéndole su vida, de la cual ni él mismo sabía qué suerte habría de correr. Pero una de aquellas señoras tuvo la ocurrencia de referir que vivía en Uruapan una de las damas de la Emperatriz y que deseaba conferir con él no sé qué asuntos, y esto bastó para que al coronel

le entrara comezón por conocerme y ponerse al habla conmigo.

Era don Ramón Méndez hombre de treinta y tantos años, moreno cetrino, de ojos negros y chiquitos, nariz chata y respingada, bigote escaso y cabello negro. La estatura no llegaba á mediana y la voz era agradable y de



D. RAMÓN MÉNDEZ

buen timbre. Méndez era hijo de un velero de Ario y de mozo siguió el oficio de su padre; más tarde ejerció de sastre y luego fué lo que eran muchos en este país antes de que se inaugurara la nueva era industrial y laboriosa: escribiente de notaría.

Pero Méndez sentía más afición por el libro de las cua-



renta hojas que por el cartulario; gustaba más de las reyertas de los gallos y de la alegría de las copas que de las guarentigias y los gambitos judiciales, y un día que amaneció de buen humor, dejó por la paz todo lo que olía á huizache y sentó plaza de soldado. Como en el regimiento siguiera la vida de parranda y alegría que era de su gusto, un día que le vió ebrio un teniente mandó sujetarle, le puso atado en el pie de gallo y mandó aplicarle un horrible banco de palos. Irritado Méndez se escapó del cuartel, mas á poco, pensándolo mejor, se enganchó de nuevo y se propuso ser un soldado modelo. Dicho y hecho; su talento natural, su valor y su voluntad de bronce no tardaron en ayudarle á conseguir ese resultado. Conservador á macha y martillo, conservador en buenas y en malas, conservador cuando los conservadores estaban en la cumbre y cuando los conservadores bajaban al abismo, al comenzar la guerra de Michoacán, Méndez contaba ya con la aureola que era menester para que le invistieran con aquel mando.

Sin aguardar á que le hablara, él me dirigió la palabra y me dijo con respeto:

— ¿Es cierto, señora, que usted es dama de honor cerca de S. M. la Emperatriz?

— Tengo esa satisfacción desde hace algún tiempo, señor coronel.

— ¿Y qué hace usted por aquí, si no es indiscreto preguntarlo?

Le referí la causa de mi llegada á Michoacán, y él no pudo menos de admirarse grandemente de saberlo.

— ¿De manera, declaró, que usted es una víctima de los chinacos? Ya les daremos su merecido.

— Precisamente, señor coronel, venía yo...

En eso entró un criado conduciendo unos papeles, y Méndez me pidió permiso para leerlos. Cuando concluyó me dijo con aspecto de quien acaba de salir de una terrible indecisión:

— En estos papeles viene señalada la suerte de los prisioneros chinacos.

— ¿Acaso es, pregunté, la ley de 3 de Octubre?

Me miró asombrado y me preguntó á poco:

— ¿La conocía usted ya?

— Sí que la conocía; ordena que se aplique pena de muerte á todo el mundo, lo mismo al chinaco que al amigo del chinaco, que al que conoce, saluda ú oye mentar al chinaco.

— No podré decir tanto porque apenas la he leído. Acabo de recibirla, usted lo ve...

— En efecto.

Permanecimos los dos callados por un buen espacio, y entonces resueltamente le dije:

— Yo vengo, señor coronel, en demanda del perdón de los reos.

— ¿El perdón? Imposible. Si se lo cuento á otras gen-



tes creerán que es pretexto del sanguinario Méndez, que no desperdicia oportunidad de ejercer venganzas contra los defensores de su patria. Usted, que debe de ser tan amigo de los buenos principios y que conoce la ley, no puede pensar que haya ensañamiento ni mala voluntad de mi parte.

— Sin embargo, coronel, remitiendo á México á los reos...

— No puedo, no puedo... Me está prohibido hasta dar curso á las solicitudes de indulto.

— ¡Pero será una tremenda mortandad!... Más de cincuenta cadalsos.

— Yo no los levantaré, señora; la ley sería quien los alzara, y yo no hice la ley. Pero no se fusilará á todos los jefes aprehendidos; sólo serán muertos dos generales, dos coroneles y un teniente coronel.

— ¡Es mucho! exclamé.

Quedó callado Méndez, y yo añadí:

— Creo conocer bastante al Emperador para dudar de que encontrará de su gusto la remisión de Arteaga á México.

— ¡Eso nunca! me contestó, alzando la cabeza y dejándome ver en sus ojos una llamarada de odio tenaz y comprimido. ¡Eso nunca! ¿sabe usted por qué se le había sentenciado al tal Arteaga? Porque tiene que pagar la sangre de mi compadre Lemus, de Paz y de Gutiérrez...

Empezó á recorrer á grandes pasos la habitación, con las manos en las faltriqueras, moviendo sin cesar la cabeza, gesticulando furiosamente y parándose á ratos.

— Usted quizás no conozca el caso, pero vale la pena de que sepa que este sujeto firmó su sentencia de muerte desde hace mucho tiempo... No hace todavía cinco meses que los liberales asaltaron este pueblo... Arteaga nada hizo, no tuvo ni la decisión de ponerse al frente de sus tropas; todo se lo encomendó á Régules y á otros jefes... Treinta horas se defendió la ciudad, y cuando consiguieron los republicanos tomarla con mucho trabajo, ¿sabe usted qué hizo Arteaga? Fusilar á Lemus, el heroico jefe de la plaza, y á Paz y á Gutiérrez, jefes con quien este bellaco tenía antiguas rencillas que vengar... Ahora él pagará la sangre de esos jefes...

— ¡Pero es horrible!...

— Horrible es en efecto, pero, ¿cree usted que si el aprehendido hubiera sido yo, me habría tocado mejor suerte? Esta es la infame guerra, la guerra cruel y tremenda en que estamos metidos... Hoy por ti, mañana por mí... y al otro día por todos... Yo aguardo lo que venga... y que venga en buen hora.

Y se reflejó en el rostro moreno del coronel una impresión de tristeza y de conformidad que parecía la resignación anticipada con una suerte incierta y lejana.